

LA INVESTIGACION

ANTONIO RUBIO

MADRID.- Mohamed Chedadi, uno de los cinco detenidos durante la segunda redada policial por los sucesos del 11-M, es natural de Tánger, como Jamal Zougam, otro de los presuntos autores materiales de la masacre de los trenes de la muerte. Mohamed también es hermano de Said Chedadi, que fue detenido en noviembre de 2001 por su presunta participación en la célula de Al Qaeda en España.

Hasta el momento no han trascendido más datos sobre la detención de Mohamed Chedadi, pero sí hay que recordar que trabajaba con su hermano Said en dos tiendas que tenían en el barrio madrileño de Lavapiés, donde también detuvieron a Zougam, Mohamed Bakkali y Mohamed Chaoui.

Estos cinco marroquíes nacieron y se criaron en Tánger y hacia más de tres años que se habían afincado en España. Bakkali y Chaoui primero centraron su residencia en Hospitalet (Barcelona) y después se trasladaron hasta Madrid para trabajar en el locutorio telefónico de Zougam.

Hasta la detención de Said, los hermanos Chedadi se dedicaron, entre otras cosas, a montar colectas económicas o *zakat* (limosna islámica) entre sus «hermanos musulmanes» del barrio de Lavapiés. Después, ese dinero era enviado a los *muyahidin* de Chechenia.

El 'comando Lavapiés' se formó en Tánger

Cinco de los presuntos terroristas islámicos detenidos nacieron y vivieron en la misma ciudad marroquí y después todos coincidieron en el mismo barrio madrileño

Tras la recaudación del dinero, que se produjo en los últimos meses de 1999, Said Chedadi y Abú Dahdah, según consta en el sumario que instruye el juez Baltasar Garzón, se desplazaron hasta Londres y allí entregaron su ayuda económica a Abú Qutada, líder de los muyahidines a nivel europeo. El viaje de Dahdah y Chedadi des-

Said y Mohamed Chedadi se dedicaron a recoger dinero para los «hermanos musulmanes»

de Madrid a Londres se produjo en los primeros días del mes de enero de 2000.

Los hermanos Chedadi, según ha podido saber EL MUNDO de fuentes policiales, tenían excelen-

tes relaciones con diferentes líderes «extremistas islámicos terroristas». Entre los contactos de los Chedadi estaban: Abú Mugen, detenido en Londres por sus presuntas vinculaciones con Al Qaeda, Lacey Ikass Hasa, detenido en la base militar norteamericana de Guantánamo, y Abdullah Benyaich, que falleció en la Guerra de Afganistán.

Otro de los grandes amigos de los hermanos Chedadi es Abú Abdulrahman, que presuntamente coordinó el comando terrorista que atentó contra las Torres Gemelas y el Pentágono de EEUU.

En el sumario que el magistrado Baltasar Garzón sigue contra los miembros de Al Qaeda en España, se recoge que Said Chedadi se dedicaba a la fabricación y falsificación de tarjetas telefónicas y pasaportes. No hay que olvidar que Jamal Zougam, de Tánger y que vivía en Lavapiés, tenía un lo-

curatorio telefónico y que desde ahí, al parecer, se prepararon los móviles con los que se activaron las bolsas bomba.

Said Chedadi fue detenido en noviembre de 2001, y cuando la policía realizó un registro en su vivienda encontró toda una serie de pasaportes y documentación de los que el detenido no supo dar ra-

El magistrado Garzón acusa a Said de vender tarjetas telefónicas y pasaportes falsos

zón. Entre esa documentación se encontraba: pasaporte consular de Farid Boudechicha, permiso de circulación a nombre de Mohamed Al Moujahed, permiso de trabajo a favor de Mohamed Safsaf

(nacido en Tánger), pasaporte marroquí a nombre de Mohamed Safsaf (nacido en Tánger), permiso de conducir de Marruecos a nombre de Abdelilahi Belgada, DNI de Hala Es-Senbak Boufares, tarjeta de registro de la embajada de Argelia a favor de Said Boudedicha, DNI de Hossein Ismael Haddu, pasaporte marroquí de Tarek Boukili y otra serie de documentos de ciudadanos nacidos en el Magreb.

Poco después de las primeras detenciones contra la supuesta red de Al Qaeda en España, en noviembre de 2001, la policía elaboró un informe sobre los 17 grupos islámicos radicales que existían en nuestro país.

En ese informe se indicaba que los más cercanos y peligrosos para España eran los que pertenecían a la zona del Magreb. Y entre ellos estaban: el Grupo Islámico Armado (Argelia), Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (Túnez) y el Grupo Islámico Combatiente Marroquí. A este último es al cual que, al parecer, pertenecen la mayoría de los detenidos.

Se da la circunstancia de que en estos momentos son cinco los marroquíes que nacieron y vivieron en Tánger (Zougam, Bakkali, Chaoui y los hermanos Chedadi) que están detenidos y que residían en el barrio madrileño de Lavapiés. Es decir, que el *comando Lavapiés* se formó y adiestró en la ciudad de Tánger.

Los 'ciudadanos ejemplares' de Al Qaeda

Los terroristas mantienen una conducta intachable de cara a la galería para no levantar sospechas

ANA DEL BARRIO

MADRID.- Mohamed Atta, un estudiante modelo de la Universidad de Urbanismo de Hamburgo, estrelló probablemente uno de los dos aviones de American Airlines contra las Torres Gemelas. Ziad Samir Jarrah, un chico discreto que tenía novia y bebía alcohol, estaba al frente del comando que secuestró el avión que chocó en Pensilvania. Jamal Zougam, un joven marroquí «sociable y educado», que regentaba varios negocios en Madrid, puede ser uno de los autores materiales de los atentados del 11-M.

Los presuntos miembros de la red Al Qaeda mantienen una conducta intachable de cara a la galería. Cuales doctores Jeckyl y Mr. Hyde del siglo XXI, llevan una doble vida cuyo lema es no levantar la más mínima sospecha ni dejar rastro de sus acciones.

Ni están locos ni son agresivos, sino todo lo contrario: fríos, calculadores y con un gran autocontrol. «La locura les invalidaría para su profesión. El buen terrorista debe ajustar su actitud a una acción que es planificada al máximo, por lo que debe tener mucho autocontrol. Todo lo contrario a una acción espontánea. La clave está en la eficacia», explica Luis de la Corte, pro-

fesor de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Madrid.

Después de recabar numerosos testimonios entre los amigos, vecinos y clientes de los tres primeros marroquíes detenidos por el 11-M-Zougam, Mohamed Chaoui y Mohamed Bakkali- la letanía de halagos empalaga: «Eran buenos chicos y muy educados», «simpáticos y trabajadores», «eran unas bellas personas».

Aparentemente, Jamal Zougam llevaba una vida normal. Trabajaba a jornada completa en sus comercios (tiendas de teléfonos móviles y de alimentación en los barrios de Lavapiés, Cuatro Caminos y Ciudad Lineal), comía en los restaurantes marroquíes cercanos, era aficionado al fútbol y siempre que podía se escapaba al gimnasio a hacer pesas, de las 22.00 a las 24.00 horas. Estaba a punto de casarse y frecuentaba *pubs* y bares de la zona. El día del atentado de Madrid, su amigo Ali, un marroquí de 31 años, estuvo con él y asegura que Zougam lo condenó con rotundidad y afirmó que era injusto.

«Siempre estaba trabajando, y cuando estás trabajando no tienes tiempo de hacer nada malo. Le veía de vez en cuando en la mezquita de la M-30», indica su amigo Driss.



Una mujer árabe pasa junto a un crespón negro colocado en una tienda del barrio madrileño de Lavapiés. /ANTONIO HEREDIA

Según los vecinos, cuando en alguna ocasión un compatriota se desmandaba o levantaba la voz, los tres marroquíes ahora detenidos no dudaban en llamarle la atención.

La imagen de su compañero Mohamed Bakkali también está bastante alejada del prototipo de fundamentalista islámico. Procede de Tetuán, al norte de Marruecos, Bakkali es rubio, con gafas y ojos azules. «Vestían modernos y de manera occidental. Nada de chilabas. A mí me traían muchas sudaderas blancas, eso sí, con manchas de grasa negra, que eran difíciles de quitar», relata la

dueña de una tintorería de la calle Tribulete.

Lo que era *vox populi* era el trapicheo con los teléfonos móviles y las tarjetas pre pago, que vendían a muy buen precio. «Era el mejor negocio del barrio. La mitad de los teléfonos eran robados, porque aquí vuelan los móviles», manifiesta una vecina. En Cuatro Caminos, los vendedores de la tienda ofrecían los móviles en plena calle y allí regateaban los precios.

«Eran unos ladrones, muy listos. Yo les llevé un móvil a arreglar y me cambiaron la batería. A mi mujer también la engañaron», declara un inmigrante dominicano, de los

pocos que echan pestes de ellos. Ante estas *vidas ejemplares*, entre los vecinos reina la sorpresa y la incredulidad: «¿No será que han querido coger a tres moritos como cabezas de turco?», se pregunta el dueño de un bar de Lavapiés.

Pablo Mejías, cliente habitual del comercio de la calle Almansa, no da crédito a que aquellos jóvenes simpáticos que siempre le hacían un regalito a su nieto puedan estar involucrados en los atentados del 11-M: «Eran muy simpáticos con todo el mundo. Cuando a mi nieta se le rompió el móvil, no le cobraba los arreglos. Eran muy buenas personas», afirma con tristeza.